

LA VENTANA NÚMERO TRES

JORGE ALONSO SÁNCHEZ

Profesor-investigador del Centro de Investigaciones y Estudios

Superiores en Antropología Social (CIESAS-Occidente).

Guadalajara, Jalisco, julio, 1996.

El número 3 de la Revista *La ventana*, correspondiente al primer semestre de 1996, es un buen ejemplo de una publicación académica que promueve discusiones en campos novedosos.

Aunque más de la mitad de sus páginas (52.6% de ellas) corresponden a artículos ya publicados a principios de los noventas en revistas europeas, la traducción de uno de ellos ha sido autorizada expresamente por el autor para ser publicada en el número que presentamos. Ambos artículos mantienen actualidad y ofrecen elementos teóricos y metodológicos de gran utilidad a investigadores e interesados en los estudios de género, y ciertamente sacudirán a quienes todavía no perciben la importancia y pertinencia de este tipo de investigaciones.

La extensión de un artículo no garantiza necesariamente calidad. Es proverbial la excelencia de unas cuantas páginas en las que Einstein explicó su teoría de la relatividad. Pero en el caso que nos ocupa podríamos decir que los artículos sí pueden equiparar cantidad con calidad. Bourdieu acapara 37.2% de las páginas del número 3 de *La ventana*; Teresa del Valle ocupa (en el sentido literal de la palabra), 15.4%. Este es el caso de los dos artículos más largos. Viene después uno mediano correspondiente a dos autoras radicadas en Nueva York que abarca 8.7%,

y después dos pequeños que se ubican respectivamente en 5.8% y 3.7%. Para no llamar a error al lector, aclaro que la brevedad de los últimos no implica que no contengan aportes atendibles. Lo que se nota es la diferencia de las clasificaciones por experiencia académica. Pero precisamente esto constituye una virtud encomiable de la revista: no se circunscribe a los consagrados, sino que permite la difusión de planteamientos de investigadoras que muestran capacidades. Compartiré con ustedes algunos aspectos que más me impactaron de este número.

El texto de P. Bourdieu sobre la dominación masculina, haciendo uso de su conceptualización sobre hábitos, capital simbólico, etc., y remitiéndose a investigaciones en el norte de África y a indagaciones literarias correspondientes a la cultura occidental, enfrenta la condición disminuida que el mundo social asigna a las mujeres. Analiza los sistemas mítico-rituales que se confirman en las prácticas. Hace ver cómo se introyecta y asume el punto de vista dominante, y cómo se somatizan las relaciones de dominio. Desentraña el papel de los grandes rituales colectivos en un mundo simbólicamente estructurado. Destaca cómo existe un hábitus sexuado y sexuante. El sexismo es un esencialismo difícil de erradicar, pues el peso del hábitus no se puede aliviar simplemente por voluntarismos. Se legitima la relación de dominio inscribiéndola en lo biológico. Lo corporal se percibe a través de las grandes oposiciones culturales en las que lo femenino se define en términos de negación. Se produce una construcción social del sexo que alienta la *libido dominandi* masculina. La libido del hombre se halla socialmente construida como afán opresor. Existe una lógica del proceso social en el que se engendra el fetichismo de la virilidad. La dominación masculina constituye el paradigma de toda dominación. En esta forma la ultramasculinidad va de la mano del autoritarismo político. El autor remite a la

producción de sometimiento a través de la antigua pero siempre readaptada división sexual del trabajo. Las mujeres se someten a la lógica de la presunción y la distinción en calidad de objetos. Más allá de todos estos tratamientos, el autor tiene el gran mérito de llamar la atención acerca de que, si bien las mujeres, sometidas a un trabajo de socialización que tiende a dominarlas y negarlas, hacen el aprendizaje de actitudes negativas elevadas a la categoría de virtud (abnegación, resignación, silencio), por su parte los hombres también son prisioneros y víctimas de la representación dominante. En esta forma la exaltación de los valores masculinos tiene su contrapartida en las angustias que en los hombres suscita la feminidad. El privilegio social masculino constituye también una trampa. Hay un cúmulo de obligaciones que los hombres tienen que asumir. Se produce así una dimensión paradójica. P. Bourdieu previene sobre los estudios de género que no están protegidos contra la ingenuidad de los «buenos sentimientos» y que son proclives a encerrarse en una especie de ghetto. El que las diferencias sexuales son diferencias sociales naturalizadas es un aporte de investigaciones que datan de tiempo atrás. El autor destaca que mientras las mujeres continúen ocupando en la producción y reproducción del capital simbólico la posición disminuida, la organización social en su conjunto seguirá trastocada y regenerando situaciones sociales de inferioridad. La perspectiva que ofrece este artículo es la de una acción colectiva que busque organizar una lucha simbólica capaz de cuestionar prácticamente todos los presupuestos tácitos de la visión falonarcicista del mundo. Este es el camino previsto para lograr una ruptura de la situación imperante. Es indispensable una verdadera conversión colectiva de las estructuras mentales, no sólo entre los miembros del sexo dominado, sino también entre los del dominante. Estos últimos no pueden contribuir a la liberación sino liberándose.

se ellos mismos de la trampa del oneroso e injusto privilegio asignado culturalmente. Con amplios fundamentos y certeros razonamientos, este artículo desestabiliza viejas y enraizadas certezas, y abre vetas a los estudios de género.

En la lógica anterior se encuentra el escrito de María Inés García que indaga cómo el género y el dinero se articulan en la vieja ecuación del poder. Alude a cómo la mujeres, educadas en el sometimiento de que poder es igual a masculinidad más dinero, ejercen el poder de la víctima. Sostiene que la actual acumulación del capital financiero que transita ágilmente por la vía abierta por la revolución electrónica mantiene su característica masculina.

Por su parte Virginia Enciso, con datos estadísticos refuta un axioma según el cual la muerte borra las diferencias, y hace ver cómo no se mueren de la misma manera los hombres y las mujeres. Presenta cómo son distintos los patrones de suicidio entre hombres y mujeres. Resalta en sus cifras que falta adentrarse en explicaciones sobre el bache de 1988 en la tendencia ascendente de suicidios en Jalisco.

F. Rothstein y B. Vanfossen plantean que una consecuencia del desarrollo es que las mujeres abandonen las labores agrícolas y la producción artesanal para confinarse más en labores domésticas, en donde, sin embargo crean fuentes alternativas de empleo. Sus datos se circunscriben a los años previos a la crisis que se manifestó a principios de los años ochentas. Advierten que hay una subcontabilización en los censos en lo que se refiere a trabajos de medio tiempo y de subsistencia. Las mujeres en el campo trabajan duro, pero de manera diferente a como se puede clasificar su trabajo en las categorías censales. Las autoras dan cuenta de la discusión sobre las bajas cifras del trabajo femenino en la agricultura. Critican el prejuicio que se cuela aun entre académicas de que el

patrón tradicional de las mujeres latinoamericanas es el de la madre y ama de casa no productiva. El estudio revela que tanto los datos estadísticos como las comprobaciones a través de estudios de caso ofrecen el panorama de un retiro de las mujeres de trabajos agrícolas en el período elegido. La modernización expulsó a mujeres de anteriores labores en este sector. Las investigadoras apuntan que las mujeres se han ido desplazando hacia el sector informal y hacia el sector de servicios, a una parte del sector industrial y a asuntos profesionales. Las autoras llaman la atención acerca de diferenciaciones por clase y región. Insisten en que no hay un patrón de domesticidad único, que muchas mujeres trabajan productivamente fuera de casa, y que las mujeres combinan la reproducción con la producción. Hubiera sido bueno que las autoras hubieran conocido el modelo elaborado por Ángel Palerm en los setentas con base en muchas investigaciones antropológicas en el que, basándose en planteamientos chayanovianos, permite apreciar cómo se combinan con diferentes énfasis en las familias campesinas, según tamaño y ubicación, trabajo de subsistencia en el que se destaca la participación femenina, trabajo asalariado tanto en el campo como en la ciudad, y elementos de trabajo informal. Esto sólo lo permite la óptica de la familia como unidad de producción-consumo.

Teresa del Valle, desde la antropología urbana con datos de campo en ciudades del país vasco, hace una lectura de las relaciones fundantes de espacio y tiempo vistas desde las relaciones de género. Subraya que la asignación y significación del espacio y del tiempo ayudan a entender procesos de jerarquización sexual. Este artículo también se enmarca en los estudios de desigualdad y dominación. La autora destaca que la construcción del espacio urbano está más orientada a mantener a las mujeres en los espacios destinados a los roles familiares que a promover su

incorporación a la sociedad en general. Se queja de que los estudios urbanos por lo general ignoren el papel de la mujer como productora y gerente administradora de la comunidad. Señala que las configuraciones espaciales urbanas han sido diseñadas desde estructuras de poder, e influenciadas por una visión masculina de la sociedad. Previene contra esas percepciones que pretendiendo presentarse como asexuadas son en realidad masculinas. Teje sus datos con categorizaciones como interioridad-exterioridad, público-privado. Se adentra en las contraposiciones del lenguaje cotidiano como «mujer de su casa» y «mujer de la calle». Analiza cómo no poco del estar fuera en la mayoría de las mujeres se encuentra subordinado al estar dentro. Destaca cómo se constituyen los espacios exteriores, los espacios interiores y también los espacios puente en los que se potencian actividades propias del espacio interior, o del público pero regido por el tiempo del espacio interior. La autora invita a concebir el espacio de la urbe para aprehender las claves de diferenciación y jerarquización genéricas.

Hay textos que uno lee como tarea: la obligación y la disciplina son los únicos motores para poder concluirlos. No es el caso de este número de la Revista del Centro de Estudios del Género. Lo leí de cabo a rabo con gran gusto. Fue un texto que me atrapó. Cuando me invitaron a presentarlo, lo cual agradezco, pensé que se trataba de una treta para convertirme. Puedo confesar que este producto académico está a punto de lograrlo; aunque, más por orgullo que por honradez intelectual, todavía externo, me quedan algunas resistencias.

El conjunto de lo que ofrece este número es rico y variado. Puesto que se publica la presentación de los dos primeros números, quien no los conozca puede darse una idea de su orientación. El lector puede adentrarse en cuestiones teóricas de gran profundidad. También tiene

frente a sí datos concretos sacados a flote por buenos trabajos de campo. Hay interpretaciones que sacuden mentes y conciencias. Contiene también reseñas de libros y revistas que no sólo tratan sobre mujeres y feminismo. Uno se puede asomar por esta ventana a incipientes tratamientos acerca del mundo de lo masculino. Hay muy buenas pistas para rastrear estudios del género a través del Internet. En cuanto a documentos, presenta el excelente discurso de Nélida Piñón cuando recibió el Premio Juan Rulfo. Los abordajes son multidisciplinarios; aunque debo externar que el énfasis en la mirada antropológica, sobre todo en tres de los más destacados artículos, me fue muy gratificante. El formato es atractivo, novedoso, y sobre todo promueve la lectura. Estamos ante una publicación digna de ser profusamente difundida.